

La dispersa fraternidad de los Goytisolo

La vida de esta 'saga' de escritores quedó marcada por la muerte de la madre y las enfermedades del padre y el abuelo.

JOAQUIM ROGLÁN

■ El apellido Goytisolo tiene un lugar asegurado en la historia de la literatura. Los hermanos José Agustín, Juan y Luis han escrito más de 50 libros, y algunos de ellos son hitos de las letras contemporáneas. Aunque dos de ellos han narrado sus memorias y la leyenda familiar es bien sabida por sus lectores, siempre hay quien confunde las obras y vidas de los tres escritores.

"Antes de pasar a la historia tiene que haber un clareo. Pero si, nuestra obra está ahí, inalterable. Se diga lo que se diga sobre nosotros, lo que importa es la obra, no la persona", opina Luis, el menor de los hermanos.

"Estoy contento de ser hermano de esos chicos. Me han ayudado en momentos muy difíciles, me han sacado de muchos líos en los que me he metido, y nunca lo olvidaré", dice José Agustín, el mayor. Los momentos difíciles de la familia empezaron demasiado pronto. "Nuestra madre murió bajo un bombardeo de la aviación de Franco en el paseo de Gracia el mediodía del 17 de marzo de 1938. Iba a comprar regalos para mi padre y para mí. Yo tenía 10 años; Juan, 7, y Luis, 3." Su padre estaba muy enfermo y ya había visto morir a su primogénito. "Tras la muerte de nuestra madre, sufrió una depresión que le duró 15 años. Nuestra hermana Marta cuidaba de él, del abuelo y de Luis, que era un crío al que yo miraba asustado y temeroso, como si fuese mi hijo", añade José Agustín. Y reflexiona: "Es curioso, mi nieto Víctor es su vivo retrato".

Unidos por el hambre

Sus antepasados eran vascos establecidos en Cuba que volvieron a España. El bisabuelo tuvo nueve hijos, y el abuelo, otros 11. "Así, por rica que fuese, la familia vino a menos." La Guerra Civil acabó con lo que les quedaba.

"La enfermedad de mi padre nos llevó a Viladrau. La radio de Franco dijo que el dinero de la República no valdría para nada. A cambio de comida, los payeses nos pedían objetos de valor, que se acabaron rápido. Juan y yo, digamoslo claro, robábamos para comer. Hacíamos un agujero junto a las patatas para que los payeses no lo notaran. Todo eso une mucho", rememora José Agustín. Y advierte: "No recrimino nada a los payeses. Todo tenía dueño, nada era nuestro, y cada cual intentaba sobrevivir". Marta, la hermana mayor, hizo el papel de madre y es la única que no ha escrito. "Se casó y se dedicó a criar cinco hijos. Es la gran desconocida".

Tras la guerra, todo mejoró. "Nuestro padre obtuvo una pensión de 10.000 pesetas", sigue José Agustín, que fue expedientado por causas políticas en la Universidad de Barcelona y tuvo que estudiar en un colegio para suramericanos de Madrid, "donde empecé a comer mejor y conocí a Caballero Bonald, Martínez Ríbas, Ángel González, Emilio Lledó y García Hortelano". Al morir el padre se deshizo la casa y empe-

SERVICIO ESPECIAL



Una de las pocas fotografías de los cuatro hermanos y sus amas de cría antes de la Guerra Civil.

zó la diáspora de los hermanos. "La diferencia de edad también nos dispersó. Por ello, salvo en la infancia, la relación nunca ha sido muy estrecha. Yo tenía 7 años cuando José Agustín tenía 14. A esa edad tanta diferencia es un abismo", explica Luis.

Pero antes de la dispersión, la literatura había unido sus destinos. "Todos empezamos a escribir desde niños. Lo primero que me llamó la atención fueron unos versos traducidos del latín que me mostró José Agustín. Me sorprendió porque siempre he tenido una enorme dificultad con el verso latino", revela Luis.

José Agustín recuerda que "en casa siempre se gastó dinero en papel y lápices, y había una notable biblioteca que pudo influirnos".

Luis matiza al poeta: "La biblioteca era buena en textos jurídicos, porque en la familia había notarios y magistrados. Pero salvó unas pocas novelas de mi ma-

dre y mi tía, la literatura, excepto los clásicos, era escasa. La prueba es que las influencias literarias fueron distintas en cada uno". Luis cree en la herencia genética. "Igual que se hereda la nariz o el color de los ojos, estoy convencido de que la ciencia demostrará que otros rasgos residen en algún cromosoma. Respalda esa teoría que en varias generaciones de antepasados por vía materna hubo escritores." José Agustín disiente: "Sí, pero pésimos".

La vida aleja

La vida les alejó más. José Agustín se casó con María Asunción Carandell. Juan marchó a París y se casó con Dominique Lange, una escritora francesa que ha publicado más de 12 novelas y cuya hija, Carole, escribe guiones de cine. Luego Juan se fue a Marruecos. Sus memorias, *Coto vedado*, fueron replicadas por Luis en Acci-

taciones. José Agustín calló y calla en este asunto. "La imagen del padre y del abuelo no puede ser igual para nosotros. Yo naci entre viejos y viví los años terminales de la enfermedad de nuestro padre. José Agustín y Juan tuvieron menos trato con ellos", insiste Luis.

La distancia entre Juan y Luis no se acortó tras dirimir sus diferencias con libros. "No, no hay fotos recientes de los tres juntos. Sólo vivimos bajo el mismo techo durante la infancia, y eso se traslució en las fotografías", dice Luis. José Agustín pone orden en la memoria fraterna. "Con los libros de memorias no pasó nada. Es como en el caso de Gil de Biedma, Carlos Barral y yo, que pocas veces coincidimos, pero éramos grandes amigos. Las discusiones entre los Goytisolo no tienen importancia. Ya de pequeños, Juan y yo siempre discutímos por los cuentos que escribíamos".

PERE MONÉS



José Agustín y su hija Julia, a la que dedicó un famoso poema.

Palabras de Julia

■ Antes de que naciera Julia Goytisolo Carandell, su abuelo dijo: "Se llamará Julia". Nació y la llamaron Julia. El abuelo mostró entonces todas las fotos que había ocultado a sus hijos desde el día en que murió su mujer, que también se llamaba Julia.

José Agustín Carandell tenía 12 años cuando en Colliure oyó por primera vez que Paco Ibáñez cantaba *Palabras para Julia*, un poema de José Agustín Goytisolo.

El cantante le desveló que ella era la Julia que inspiró los versos de su padre. "Me hizo ilusión. Entonces no lo entendía, porque es un poema duro para esa edad. Luego, cuando los amigos me recordaban que soy la Julia de la canción, sentía una especie de contradicción y me hacia la vergonzosa". A los 17 años, Julia ya ayudaba a su padre a traducir. "Toté, desde niña llamo Toté a mi padre, nunca me dijo qué debía leer". Y el poeta apunta: "Habrá sido inútil". Julia no recuerda cuándo empezó a meterse entre los papeles del padre. "Sólo sé que me resultaba facilísimo. Con mi padre y todos mis tíos escritores, me pasó como a los hijos de los carpinteros, que conocen las virutas desde niños".

Julia se licenció en Historia de América por la Universidad de Barcelona. "Me habría sido más fácil estudiar literatura, pero elegí Historia para exigirme más". Lo hizo porque dice cargar con un

doble peso. "Si ser una Goytisolo pesa terriblemente, ser una Goytisolo Carandell pesa más, y me obliga a exigirme muchísimo".

Fue traductora de Salvador Espriu. "Era tan amable... Me permitía fumar y exigía a los camareros que me llamasen señorita Julia". Aquella señorita traduciría después a muchos otros escritores catalanes y extranjeros.

Alegria de Carandell

"Mi vida familiar ha sido la de los Carandell. Los Carandell tienen la alegría de un clan gitano por algo muy simple: tenían una casa donde la abuela o la madre les reunían para comer canapones. Si una familia no tiene una casa y una mujer que cocine, no hay familia. Eso fue lo que pasó a los Goytisolo: crecieron sin madre".

Siente pasión por sus tíos Goytisolo. "Me he leído toda su obra, y son escritores más sólidos que los Carandell. Lo que más me gusta de Juan es *Paisajes para después de una batalla*. Me leo los libros de los Goytisolo más como cosas de familia que como literatura. Me hacen gracia, porque no son exactamente ellos. Quizá el más difícil es Juan". ¿Cómo son los Goytisolo? "Muy puestos en sus cosas, pero muy cariñosos. Mi padre es muy tierno y sentimental. Y conmigo lo es mucho más".